**El origen de todos los errores: el tipo de organización política**

Javier Balsa

En una pequeña localidad bonaerense, un par de conocidos, angustiados por el resultado del 25 de octubre, decidimos lanzar una convocatoria a los vecinos y vecinas. Para nuestro asombro, vinieron más de treinta compañeros/as a la plaza en donde sugerimos encontrarnos. Compartimos nuestros temores, nuestras dudas; nos pusimos un nombre (“Vecinos y vecinas contra el retorno del neoliberalismo”) y, en los quince días que tuvimos, armamos una decena de mesitas en cada uno de los barrios y también en las localidades vecinas. Allí repartimos volantes y, lo más importante, conversamos con la gente (resolvimos priorizar el diálogo con los indecisos, en vez de sumarnos a actos “militantes” que consideramos que no agregarían votos). Además, armamos una página de facebook; hicimos más de un centenar de carteles que colocamos en las puertas de nuestras casas y en las plazas, y, juntando plata, imprimimos 5.000 cartas que entregamos casa por casa hasta que llegó el día de la veda electoral. Finalmente, no éramos treinta sino sesenta compañeros/as, la gran mayoría de los cuales no estaba militando previamente en ninguna fuerza política. La carta que repartimos tenía, de un lado, un texto en el que fraternalmente invitábamos a reflexionar sobre lo que se jugaba en este balotaje y, del otro, un listado de “más de cincuenta razones por las cuales votar a Scioli”. Como dijo un compañero, con leer las diez primeras ya no podían quedar dudas de por quién había que inclinar las preferencias. Este tipo de experiencias autoconvocadas se repitieron en muchísimos barrios, lugares de trabajo y facultades de todo el país.

Sin embargo, perdimos. Estuvimos cerca, pero nos derrotó justamente la fuerza frente a la cual no podíamos perder: la síntesis más pura del neoliberalismo, tanto en lo ideológico, como en el tipo de personajes que la representan.

Pero la derrota no ha implicado el silencio. Desde entonces, no dejan de circular mails entre nosotros/as, dándonos ánimo y convocándonos a seguir la lucha. Quisiera rescatar uno, en el que una compañera escribió (en relación a nuestro trabajo militante y al de miles de otros espacios similares que surgieron a lo largo y lo ancho del país) que “si hubiéramos tenido 15 días más, seguro que ganábamos”. Es que, a contramano de algunos votos exitistas que pudieron pasarse de Scioli hacia Macri, con toda la campaña de luchar voto a voto (charlando con vecinos/as con quienes nunca habíamos hablado, poniendo carteles y cartelitos, explicando los avances de toda esta década), con toda esta militancia autoconvocada, se logró incrementar el voto a Scioli del 36,8% al 48,6% (algo que no esperaba ningún especialista, ni muchos políticos del Frente para la Victoria).

La pregunta que me surgió es ¿por qué no tuvimos 15 días más? O mejor dicho, ¿por qué no empezamos 15 días antes?, o incluso ¿uno, dos o tres años antes? Es decir, ¿por qué el kichnerismo no supo convocar a los miles y, me atrevería a decir, millones de simpatizantes que tiene en todo el país? A los/as que íbamos a Plaza de Mayo o al Congreso a bancar a Cristina o a despedir a Néstor. Y a los/as que sin poder llegarse hasta Buenos Aires, también los apoyaban desde sus lugares. Pienso que, si nos hubieran convocado con tiempo para sumarnos orgánicamente, hubiéramos sido imbatibles.

Y aquí creo que está el origen de todos los errores. Porque el kirchnerismo cometió muchos errores, y varios específicamente vinculados a la dinámica electoral, pero que no analizaremos aquí (entre los pocos textos que pude leer en estos días, quiero destacar dos en los que se abordan con gran agudeza estos errores, que están disponibles en la web: uno de Atilio Borón, en relación a los resultados de octubre, “Un balotaje crucial para América Latina”, y otro de Alejandro Grimson “La pregunta por la derrota cultural”, ya pasado el balotaje). Pero personalmente creo que hay que buscar el elemento central que permitió esta seguidilla de errores. Y, por dos motivos, creo que la causa está en la forma de organización política que se dio el kirchnerismo.

En primer lugar, porque necesitábamos una fuerza militante de masas para poder triunfar contra las fuerzas poderosas que teníamos por delante: el imperio, el establishment (con los medios concentrados a la cabeza), la derecha política, las tradiciones conservadoras (que perviven en vastos sectores de nuestra población) y una hegemonía de un consumismo neoliberal (que es más profunda y arraigada de lo que parece a simple vista). Por lo tanto, precisábamos de una masa militante como la que surgió autoconvocadamente entre la primera vuelta y el balotaje, pero más organizada y con más tiempo de acción.

Y en segundo lugar, porque si hubiéramos generado estos espacios de participación popular, allí podríamos haber descubierto colectivamente los errores: las políticas que debían cambiarse o las formas de expresión que estaban generando irritación en sectores sociales que de ninguna manera podían pasarse del lado del neoliberalismo. Fácil hubiera sido recoger la opinión de nuestros vecinos/as y compañeros/as de trabajo sobre tal o cual candidato, para ver si su figura sumaba o restaba los apoyos necesarios. Y esto lo digo tanto para las candidaturas a cargos de alto nivel, como para los cargos a concejal. No puede ser que en algunos municipios incluso la gente más politizada no conociera a la mayoría de los candidatos/as a representarlos/as.

Todo esto fue el resultado de una forma equivocada de organizar la fuerza política y de abrir (o mejor dicho, de no abrir) el espacio a los/as simpatizantes. Sintéticamente ¿cómo era esta organización? El kichnerismo logró convocar a varias fuerzas políticas que existían antes del 2003 (centralmente al partido justicialista, pero también a varios partidos de centro-izquierda), y también estimular el surgimiento de nuevas organizaciones, propias de esta nueva etapa. Todas crecieron en forma muy estimulante y permitieron consolidar y profundizar las mejores conquistas de esta década.

El principal problema es que a la hora de juntarse, carecían de algún sistema para resolver sus diferencias. De modo que toda decisión dependía de lo que se bajara como directiva “desde arriba”. Desde las cuestiones más nimias, hasta las más importantes. Y esta forma vertical de organización política se fue reproduciendo, internamente en la mayoría de las fuerzas (no solo las de origen peronista), pero por sobre todo, como dinámica global del kirchnerismo. El resultado final de esta lógica fue que no se podía convocar a militantes y simpatizantes a discutir las posibles medidas políticas o los/as potenciales candidatos, ya que estas discusiones hubieran sido inconducentes, pues no había un sistema para resolver democráticamente cualquier diferencia. Todo dependía de lo que se decidiera “arriba”. Además, estas decisiones impuestas verticalmente siempre iban dejando militantes y dirigentes “heridos”, ya sea por ser excluidos de algunas candidaturas, o directamente por sentir que se ninguneaban sus opiniones políticas.

El problema no estaba en cada una de las decisiones (que, en general, fueron acertadas, como la mayoría de las grandes medidas tomadas a nivel nacional), sino en la metodología para tomarlas. Incluso, los pocos espacios en los que se logró generar un interesante debate intelectual carecían de una articulación orgánica con las esferas de poder político real.

Así se fueron yendo a sus casas (o acompañando desde el costado) no solo los compañeros/as “heridos” por decisiones que consideraban injustas, sino también los militantes que sentían que no tenían un espacio en el que se escuchara sinceramente sus opiniones, y los simpatizantes que ni siquiera se consideraban convocados/as a algo más que a ir a defender en las plazas a un gobierno que valorábamos profundamente. Todo redundó en una falta de potenciación del espíritu militante; consecuentemente, se encaró la primera vuelta de las elecciones de 2015 con una enorme apatía.

Seguramente habrá otras causas y otros factores particulares (propios de cada lugar y de cada experiencia personal), que expliquen el porqué no se convocaron a todos/as los que estábamos tan dispuestos/as a defender las conquistas y profundizar el proyecto. Sin embargo, creo que el elemento central fue el tipo de (des)organización que tuvo el kichnerismo.

Si se compartiera este diagnóstico y esta fuera la causa central de la derrota, habría que abordarla con sinceridad, frontalidad y profundidad. Y, entonces, proponer otra forma de hacer política. Una forma que permita convocar a los miles y miles de simpatizantes y militantes que no queremos que se retorne al neoliberalismo. Pero en una convocatoria que no se limite a sumarnos como público a los actos de otros, sino en una convocatoria que garantice una genuina participación democrática.

Creo que sería muy saludable iniciar un proceso de discusión acerca de cómo podría ser esta forma de organización. Personalmente, y a modo de contribuir al debate, propongo que se organice a partir de los espacios de participación popular que surgieron en esta coyuntura electoral. Consolidando y expandiendo lugares de militancia, pero también de debate y formación política. Y que sean estos espacios donde finalmente se decidan las propuestas hacia la sociedad, donde surjan los/as delegados/as que permitan organizarlas a lo largo y lo ancho de todo el país y donde, finalmente, cuando llegue el momento, evaluemos quiénes serían los/as mejores candidatos/as para presentar a nuestros/as vecinos/as y nuestros/as compañeros/as de trabajo o de estudio (candidatos/as de quienes estemos orgullosos/as como para pedirles el voto en favor de ellos/as). En este esquema, obviamente, cada uno/a podrá seguir participando de todas las organizaciones políticas en las que quiera estar. Pero serán estos espacios democráticos los lugares en los cuales cada organización tendrá que tratar de convencer al conjunto acerca de que sus propuestas son las mejores. Además, estos espacios permitirán que compañeros/as que no estén encuadrados en ninguna fuerza particular puedan aportar sus visiones, sus experiencias y traer también sus percepciones acerca de cómo nos está viendo el resto de la sociedad (aquellos a quienes tenemos que volver a seducir con la idea de una patria para todos/as).

Vendrán tiempos difíciles y “solo la organización vence al tiempo”, pero tenemos que ser lo suficientemente inteligentes como para darnos la mejor organización que nos lleve nuevamente a la victoria, y a una victoria más profunda y mejor consolidada.